

responder á esta demostracion de aprecio; dió un festin, que fué interrumpido; pues ya Iriarte tenia concertado, que durante el regocijo, su gente se apoderase de los legos y el oficial Sevilla, tomase la artillería y los cuarteles y entregasen la ciudad al saqueo. Todo lo ejecutaron como él deseaba, poniendo despues en libertad á Herrera y Sevilla y aun concediéndoles algunas distinciones, asegurándoles que solo se habia apoderado de sus personas para librarlos del furor de su tropa. Iriarte salió á pocos dias para Guanajuato á donde era llamado por Allende; y quedando verificada la revolucion en la capital de aquella provincia, se extendió luego por todo el territorio que le estaba sujeto, comunicándose por el rio de Tampico hasta cerca de este puerto y toda la Huasteca. Así fué como la insurreccion se extendió de las costas de un mar á otro y tuvo bajo su poder un dilatado espacio donde proveerse de abundantes recursos, compensando así la pérdida de los cuantiosos elementos que se evaporaron de las manos del cura D. Miguel Hidalgo en la batalla de Aculco.

#### CAPITULO IV.

Sucesos en Guanajuato: marcha Hidalgo á Gadalajara, y el general Cruz sale de México, para obrar en combinacion con Calleja.

En la batalla de Aculco, recobró Calleja los dos cañones que el coronel Trujillo perdió en el monte de las Cruces; y además tomó cuantos materiales de guerra habia acopiado hasta allí el ejército de los insurgentes, y porcion de objetos como es natural despues de una accion en que los vencidos abandonan al vencedor, sus equipages y cuanto han llevado consigo. Se tomaron prisioneros como seiscientos soldados y de ellos fueron quintados los que habian pertenecido á los cuerpos provinciales. Los infelices en quienes cayó la fatal suerte, fueron luego muertos y á los demas se les impuso la pena de diez años de presidio. Algunos eclesiásticos que acompañaban á Hidalgo aunque sin carácter militar, tambien fueron hechos prisioneros y mandados á Querétaro donde se pusieron en varios conventos. Los gefes principales despues de su

derrota se separaron: Hidalgo con muy pocas personas se dirigió á Valladolid y Allende con los Aldama, Jimenez, Arias y Abasolo, pasó á Guanajuato.

Calleja despues de levantar su campo, volvió sobre Querétaro para perseguir de allí á los derrotados de Aculco, sin darles lugar á que se rehiciesen. A su paso por San Juan del Rio hizo publicar un bando concediendo indulto á los que se separasen de las filas de la insurreccion, exceptuando de él solo á Hidalgo, Allende, los dos Aldama y Abasolo, respecto de quienes se repetia el ofrecimiento que habia hecho ya el virey de dar diez mil pesos al que presentase su cabeza. Venegas en México, repitió estos bandos de Calleja, haciendo extensivo el indulto en cuanto á la pena capital, á los gefes exceptuados si entregaban á sus compañeros ó á alguno de ellos.

Allende con los demas gefes, y la gente que lo pudo acompañar desde Aculco, con la mas que levantó en su tránsito, llegó á Guanajuato la tarde del 13 de Noviembre, dedicándose á poner luego la ciudad en estado de defensa, pues conocia que no pasarian muchos dias sin ser en ella atacado por Calleja. Para esto se excitó á los gefes que estaban en otros lugares, como Triarte en San Luis, Huidrobo en la Barca, para que se le reuniesen con sus fuerzas, y á fin de que el pueblo de la ciudad prestase la cooperacion que de él se esperaba, se procuró mover su entusiasmo. Para esto se hicieron solemnes funciones religiosas implorando la proteccion divina, y en una solemne procesion en que se sacó al Santísimo Sacramento, los gefes principales cargaron las andas donde iba colocada la imágen de la Virgen María, que bajo el título de Nuestra Señora de Guanajuato, es reconocida como patrona de la ciudad.

Tambien se invitó á los eclesiasticos, para que haciendo uso de la predicacion, persuadiesen al pueblo, á que de-

fendiesen aquella causa que era la de la religion; y aunque hubo algunos que se negaron, no faltó quien obsequiasse los deseos de los gefes insurgentes, á la vez que los realistas acudian en Querétaro al mismo expediente, abusando de este modo por uno y otro partido de la sencillez de un pueblo poco instruido y debilitando los poderosos resortes de la religion, que aplicados convenientemente, son los únicos capaces de dirigir á buen término los sentimientos del corazon humano.

La fundicion de cañones que Hidalgo estableció al cargo de D. Rafael Dávalos, le proporcionó á Allende veintidos, que fueron colocados en las alturas de la cañada de Marfil, único punto por donde los realistas podian atacar, y allí mismo se construyeron las convenientes fortificaciones bajo la direccion de D. Casimiro Chovell: se hizo tambien concurrir á la defensa de la ciudad la gente de los pueblos inmediatos, y se le instó á Hidalgo queriéndolo hacer desistir de su empeño en irse á Guadalajara, y en carta de 20 de Noviembre le habló Allende con términos bastante duros, que en parte podian ser inspirados por el resentimiento entre ambos gefes y el desagrado con que Allende veia la conducta del cura generalísimo; pero particularmente en esa vez, los producía la angustiada situacion de los gefes de Guanajuato.

Hidalgo que ya fuera porque como se le decia en esa carta, mas parecia atender á su defensa personal que al ejército de la causa que habia abrazado, ó porque creyera mas interesante su presencia en Guadalajara para las ultimas disposiciones, se fué para aquella ciudad, dejando á sus compañeros en Guanajuato sin darles siquiera contestacion, esperando allí á resistir el furor de Calleja y Floñ, que á pasos lentos caminaban por el bajío, organizando el gobierno de los lugares de su tránsito, como Celaya, Salamanca é Irapuato.

Calleja llegó la tarde del 23 de Noviembre al frente de las posiciones enemigas; y el día 24 se proponía hacer un reconocimiento sobre las fortificaciones, para dar al día siguiente el ataque; pero en vista de la facilidad con que sus fuerzas se posesionaron del primer fuerte y batería del punto de Rancho Seco se determinó á no esperar al otro día, sino que dividió su ejército en dos columnas, y casi sin resistencia por la falta de armamento entre los defensores de la plaza, Calleja llegó á ocupar la altura por la mina de Valenciana, mientras Flon llegaba al cerro de San Miguel que domina del todo á la ciudad. Desde que se oyó el fuego de cañon en Jalapita, se tocó generala y se dió la señal convenida con la campana mayor para que todo el pueblo ocurriera á la defensa, y aun se repartieron por las calles, hombres armados, para sacar á toda la gente de sus casas: esto hizo que se hiciera en los cerros una gran muchedumbre; pero que por la falta de armamento y la desorganización en que se hallaban, ningun obstáculo pusieron á las tropas realistas; y cuando estas ocupaban ya las alturas principales, la muchedumbre esparcida por las calles en grandes grupos, se preparaban para convertir aquella ciudad infortunada, en teatro de una horrorosa hecatombe, abriendo paso al ángel exterminador para que al golpe de su sangrienta segur, cayeran multitud de víctimas y se extendiera el luto y la desolación en las familias.

Como se ha dicho, desde la toma de la ciudad por Hidalgo, todos los españoles que no perecieron en aquella sangrienta jornada, habían quedado presos en el castillo de granaditas que se llenó de una triste celebridad, y aun despues es probable entraran otros mas, con algunos americanos, que se manifestaron contrarios al movimiento de Dolores. Para el día 24 de Noviembre de 1810 víspera de la toma de Guanajuato por Calleja, había presos dos-

cientos cuarenta españoles y dos señoras que habían querido seguir á sus maridos en la prision. Agolpado el pueblo en las puertas de aquel edificio, arrolló la guardia que lo custodiaba y forzando las puertas, se arrojó como un lobo hambriento sobre aquellas víctimas inermes é indefensas, asesinando á la mayor parte, pues Bustamante asegura que solo escaparon treinta. ¡Horrible carnicería que hace helar la sangre al recordarla!..... ¿Y cuál sería la causa inmediata de este atroz procedimiento? D. Lucas Alaman dice que la plebe estaba amotinada á las puertas del edificio, cuando pasaron Allende y los demas generales por el camino que va á las minas y que está frente á la esquina del mismo edificio; y que uno de ellos sin que pudiera saberse quién, dirigió la voz al pueblo diciéndole. ¿Qué hacen que no acaban con esos?" con cuya exortacion fué imposible contener al pueblo apesar de los esfuerzos de los gefes de la Guardia y de otras personas respetables que ocurrieron para evitar aquel estrago. (1).

Bustamante, atribuye la desgracia que dejamos referida, al odio con que el pueblo veía en aquella ciudad al partido europeo, por el tributo con que lo gravaron desde el tiempo del visitador Galvez y por la costumbre de echar leña en el pueblo, á lo que allí llamaban lazo, para ciertos trabajos de desagüe en las minas; y que con esta prevención fué muy fácil de acceder á la seducción de un mulato, vecino de Dolores llamado Lino, que recorría las calles azuzando á la plebe para el degüello de los españoles, diciendo que Calleja había triunfado y que venia arrazando la ciudad. (2) Difícil sería en los momentos de tanta

(1) Alaman lib. 2º cap. 5º

(2) Cuadro histórico, tom. 1º pag. 101. y suplemento á los tres siglos de México, pag. 279.

agitacion en la ciudad, descubrir cual fué la última causa que sopló en el pueblo tan salvajes sentimientos para cebarse en la sangre de unos desgraciados; pero en esto se conoce precisamente lo funesto de las consecuencias del impulso que Hidalgo dió á su obra, queriendo formar su proselitismo, no tanto por la justicia de la causa, como por la relajacion de los resortes que debian contener al pueblo en el límite de sus obligaciones.

Habian sido ya asesinados los mas de los presos y robadas cuantas cosas habia en el interior del edificio, aun la ropa que cubria los cadáveres, los cuales quedaron desnudos y nadando en un lago de sangre: los pocos que tuvieron la fortuna de escapar á tan fatal destino, estaban encerrados en unas piezas; cuyas puertas al fin hubieran cedido al furor de una multitud encarnizada; pero por su buena suerte, se estendió la voz de que iba entrando Calleja á la ciudad y en ese momento feliz en que se despejó la calle, salieron los pocos españoles que habian quedado, escondiéndose en la iglesia de Belén y las casas mas inmediatas.

Como sucede siempre despues de la comision del delito, para el criminal viene el remordimiento y el temor; para los deudos de las víctimas se hace escuchar en toda su amargura el lúgubre acento del dolor, y los espectadores de hechos semejantes, ven un paso mas adelante y tiemblan ante la reflexion de las consecuencias del fatídico poder de las represalias. Luego se estendió por toda la ciudad la noticia de la atrocidad de Granaditas; y cuando cada uno se ocultaba para escapar del castigo que se esperaba, llegó la noche cubriendo con un manto de pavor el teatro de tan funestos acontecimientos; y el silencio que sucedió á la agitacion del dia y á la sangrienta y criminal orgía de la tarde, era acompañado de los horribles espectros, que vienen á ocupar el lugar de las furias

desencadenadas. Aquella melancólica taciturnidad, fué interrumpida á las tres de la mañana por el estallido del cañon que desde el dia anterior habia mandado colocar Allende sobre el cerro del Cuarto, cuyos fuegos eran contestados por el de otro de los que el conde de la Cadena habia quitado á los defensores de la plaza en su marcha por la subida de la Yerbabuena. Las balas de uno y otro cañon surcaban la negra bóveda que la noche formaba sobre la ciudad; y los horrísonos estallidos de aquellas máquinas que vomitaban la muerte, avivaban mas el terror de que se hallaban poseidos los corazones, al recordar la catástrofe de la tarde anterior y sus horribles consecuencias.

Al amanecer el dia 25 Calleja se movió para atacar el cerro del Cuarto, que fué tomado con facilidad y al mismo tiempo que él bajaba por el camino de las minas, Flon lo hacia por el de las carreras. Calleja ya tenia noticia de la espantosa matanza que se habia hecho la víspera, y al pasar por Granaditas, mandó al capitán Guizarnotegui que reconociera el edificio para cerciorarse de la verdad del hecho: el capitán volvió dando la noticia del espantable espectáculo que presentaba el interior del castillo, cubierto su suelo con la sangre de mas de doscientas víctimas, cuyos desnudos cadáveres se hallaban en confuso desorden por el pavimento; y á la vez presentaba siete hombres del pueblo que se fueron hallados en el interior de la fábrica. El espresado capitán en su parte de ese mismo dia y que Bustamante inserta en el lugar ya citado de su obra, dice respecto de esos hombres "los cuales entraron á ver si hallaban algun despojo que rapiñar ó *quizas* á ver la catástrofe en que fueron cómplices, por lo que bien asegurados se los presenté al señor general en gefe, quien al oír mi indicado razonamiento, mandó en el momento matarlos, como se ejecutó; ordenándome volvie-

se á la ciudad tocando á degüello, como lo verifiqué hasta llegar á la plaza ó parroquia, donde me reuní con la tropa que parada hallé allí.

¡El abismo llama al abismo, la sangre trae mas sangre, y un crimen es fatal antecedente de otro crimen! Aquellos siete desgraciados que fueron las primicias de la muerte que Calleja vomitaba en su furioso arrebato, serian responsables de las desgracias de Granaditas? Tal vez eran algunos desdichados á quienes una indiscreta curiosidad llevó á contemplar el cuadro de horror, en los momentos que el capitán Guizarnotegui registraba el edificio para cerciorarse de la horrible carnicería; y esto bastó para que fueran destinados á aumentar el ensangrentado catálogo de las víctimas que la infortunada Guanajuato vió inmolar esos días en su seno, por el furor de pasiones desenfrenadas. Y los infelices que perecieron en las calles, al ejecutar la orden bárbara de Calleja, serian tambien cómplices de los asesinatos de los europeos en la Alhóndiga?... Tal vez eran algunas personas á quienes la desgracia hacia salir de sus hogares en aquellos momentos de peligro, creyéndose guarecidos con la égida de su inocencia: ó bien eran algunos que iban á impulsos de una necia indiscrecion; y quien sabe si entre estas desgraciadas víctimas habia algunas á quienes un deber sagrado para con los sacrificados en la Alhóndiga, los hizo salir á la calle para recibir una muerte injusta.

El conde de la Cadena que entraba por otro extremo de la ciudad, iba á cometer la misma atrocidad; pero por su bien y dicha de aquel lugar en que pesaba tamaña calamidad, en aquel momento se le presentó el religioso dieguino Fr. José María Belaunzarán, que despues fué nombrado obispo de Linares: este varon santo se hincó, deteniendo por la brida el caballo del general; y presentándole una imágen de Jesucristo Crucificado, le dijo: «Señor,

esa gente que V. S. tiene á la vista es inocente, ni ha causado el mayor daño, que si lo hubiera hecho, andaria fugitiva por los montes. Suspéndase, señor, la orden que V. S. ha dado; y yo se lo pido por este Señor que lo ha de juzgar y le ha de pedir cuenta de la sangre que quiere derramar.» Aquella voz de trueno: que sonó en el corazón del conde como la trompeta que anuncia el juicio terrible, lo hizo detener el funesto golpe que habia decretado y en el cual hubieran quedado envueltos muchos inocentes.

Calleja y Flon suspendieron la orden que habian dado para arrazar la ciudad proscrita, pues su primer intento, fué labar sangre con sangre, y dejar sepultada la memoria de la catástrofe de Granaditas, entre las ruinas de aquel pueblo. Sin embargo se publicó un bando en el que se decia: que los crímenes cometidos en aquel lugar desde el principio de la revolucion pedian un ejemplar castigo; y que aunque por un acto de humanidad se habia detenido la orden de entrar á fuego y sangre, se hacia preciso no conceder á los habitantes de Guanajuato, las gracias que á otros lugares que habian depuesto las armas á la presencia de las tropas reales. Bajo pena de muerte se mandó, que se entregaran todas las armas y municiones de guerra, así como que se adelantasen todas las personas que hubiesen fomentado ó favorecido la revolucion. Esto dió lugar á la prision de Gomez, nombrado intendente por Hidalgo, de Dávalos, Chovell, otros muchos empleados de alguna categoría y multitud de gentes del pueblo, todos los cuales se llevaron á Jalapita donde se tenia situado el campamento, y se hizo tambien una requisicion de armas, sin exceptuar ni los espadines de lujo, que muchos tenian el puño de oro y con adornos muy valiosos de pedrería, de los cuales «se aprovechó Calleja con poca delicadeza, en

cuya materia su conducta no estuvo excenta de justa censura." (3).

Al siguiente dia 26 de Noviembre, se sacaron de la alhóndiga los cadáveres de los que allí fueron asesinados, y esto avivó de tal modo el furor de los gefes realistas, que se mandaron llevar allí los presos de Jalapita, de los cuales se dieron libres algunos del pueblo, y el resto se diezmó, cayendo la suerte de la desgracia en diez y ocho infelices, que en el mismo lugar fueron pasados por las armas, lo mismo que Gomez, Dávalos, D. José Ordoñez D. Mariano Ricocochea y D. Rafael Venegas, que habian obtenido empleos militares.

Una vez que Calleja abrió de nuevo las puertas de su rencor colmó las medidas de sus crueldades, y se solazó en llenar de terror aquella ciudad angustiada, donde se habia sentado el fatídico poder de la muerte haciendo caer innumerables víctimas al funesto peso de su segur. No eran instrumentos bastantes para derramar la muerte la horca que de ordinario se tenia en las plazas de las grandes ciudades del vireinato, ni las armas de los soldados, que estaban prontas á dar fuego á la voz del general: se hicieron llamar á todos los carpinteros para construir unas horcas que se distribuyeron por toda la ciudad, y se salió, dice Bustamante á buscar hombres para quintar ó diezmar..... Toda una noche se estuvo ahorcando en frente de Granaditas, sirviéndose los verdugos de la luz de los ocotes para tan cruentas ejecuciones. Al pié de la horca habia una porcion de burros, sobre los cuales echaban los cadáveres y llevaban á enterrarlos: puede

(3) Alaman tom. 2º pag. 61: y Bustamante al referir este hecho dice: que despues siendo virey Calleja se le dieron al platero Vera, para que hiciera un adorno de brillantes á la vireina.

creerse que algunos fueron sepultados vivos, pues uno de estos logró salvarse por una rara contingencia."

El Sr. Alaman confirma el hecho de haber levantado las horcas en todas las plazuelas de la ciudad "y el dia 27, dice, habiendo sorteados diez y ocho individuos del pueblo, se les ahorcó en la plaza á la entrada de la noche. Era esta muy oscura y la ciudad toda se hallaba en el mas pavoroso silencio: y como la plazuela está en lo mas profundo del estrecho valle en que se halla situada, rodeada como un anfiteatro por toda la poblacion, desde toda ella se descubria al fúnebre resplandor de las teas de ocote que alumbraba la terrible escena, y se oian las exhortaciones de los eclesiásticos que auxiliaban á las víctimas y los lamentos de estas, implorando misericordia. Muchos años han trascurrido desde entónces y nunca se ha podido debilitar en mi espíritu la profunda impresion de aquella noche de horror."

¡Qué tarea tan ingrata la del narrador al dejar consignados hechos semejantes para vergüenza de la humanidad. Y mi mano se estremece haciéndose violencia para no soltar la pluma; tanto mas, cuanto que apenas es este un triste exordio de la sangrienta obra, que aun apenas empezamos á ojear!

La tarde del dia 28 siguieron las ejecuciones y entre las víctimas de ese dia, se contaron Chovell, Favie y Ayala, gefes del regimiento de infantería: el dia 29 empezaba de nuevo esta cruenta escena; y cuando ya habian sido ahorcadas dos personas de las cuatro que estaban señaladas para ese sacrificio vespertino, un repique general anunció á la ciudad el indulto que se le habia otorgado. El pueblo afligido en presencia de aquella fiera que sedienta de sangre, esparcia el llanto y la desolacion, salió lleno de júbilo de los rincones á donde lo habian hecho huir las repetidas ejecuciones; y Calleja en un dis-